

Nuevas Narrativas Mexicanas

Cuadernos de Foro Universitario
Nueva Literatura Mexicana

STUNAM

Secretaría de Prensa y Propaganda



Agustín Rodríguez Fuentes
Secretario General
Alberto Pulido Aranda
Secretario de Prensa
y Propaganda
Consejo Editorial
Alberto Pulido Aranda
Octavio Solís
Gabriela Esther de Dios López
Mauricio López
Gerardo Grande
Daniel Nava
Carlos López-Gómez

Nuevas Narrativas Mexicanas

Cuadernos de Foro Universitario

Mayo 2009, México

Cuidado de la edición: Carlos López-Gómez, Octavio Solís, Carlos López Navarrete y Oliver Eden Sánchez

Diseño: Raíz y Tumba

ISBN 978-970-94-2640-9

Nuevas Narrativas Mexicanas

Cuadernos de Foro Universitario

Es una coedición de la Secretaría de Prensa y Propaganda del STUNAM y la editorial independiente Raíz y Tumba.

Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio sin consentimiento por escrito de los editores.

Impreso en México

www.stunam.org.mx

<http://raizytumba.blogspot.com>

Otros títulos de la Secretaría de Prensa y Propaganda y la editorial Raíz y Tumba

A 40 años de 1968 La crónica de un año maravilloso, Alberto Pulido Aranda, 2a ed., STUNAM, México, D.F., 2008, 160 p.

Dulce orquesta de organilleros y tambores, Carlos López Navarrete, Gerardo Grande, Mauricio López, Carlos López-Gómez, José Luis Hernández Juárez, Alfonso Franco, Mario Mendoza, H. Pascal, 2a ed., Ed. Raíz y Tumba, México, D.F., 2008, 72 p. (Narrativa)

Consideraciones Nueva época, Dir. Antonio Muñoz, STUNAM, México, D.F., 2009, Publicación bimestral

Las poetas del megáfono Antología poética, Anaís Abreu, Diana Reza, Eva Cabo, Haydeé Ramos Cadena, Lauri García Dueñas, María Tabares, Marina Ruiz, Nicole Delgado, Ximena de Tavira, prolog. Manuel Sauceverde, Ed. Raíz y Tumba, México, D.F., 2008, 144 p. (Poesía)

Blabladas, Tonatihu Mercado, prolog., Alfonso Franco, Ed. Raíz y Tumba, México, D.F., 2008, 82 p. (Poesía)

En preparación:

Nuevas poetas mexicanas Antología de poesía contemporánea Cuadernos de Foro Universitario

Índice

Globos y dinosaurios

David J.
Enríquez.....p. 8

Las inolvidables y un nuevo amanecer

Daniela
Álvarez.....p. 12

Sobre la porpentosa historia de la abuelita hedionda y su eséptica familia

Orlando Cruz Camarillo.....p. 16

Onomatopeya plaf

Mario A. Mendoza Caballero.....p. 22

El vuelo divino

Israel García C.p. 24

Neveras verdes peluche blanco

Gerardo Grande.....p. 28

El sueño de Gotan

Manuel Sauceverde.....p. 32

La fractura de lo mismo

Juan Aurelio Fermandeza.....p. 34

El viaje

Jesús Nieto Rueda.....p. 36

Recolectando moscas como suicidas se avientan en el metro

Alfonso Vázquez Salazar.....p. 39

Nuevas Narrativas Mexicanas

Cuadernos de Foro Universitario

Apuntes preliminares

El STUNAM tiene un doble carácter que lo obliga a ser parte del debate y discusión de la realidad política y social, así como difusor del arte y la cultura. Esta doble característica que constituye su esencia se compone de su compromiso social como herencia del sindicalismo independiente, y el hecho de encontrarse en el seno de una de las universidades más importantes del mundo.

Para poder dar una respuesta satisfactoria a estos planteamientos, nuestra organización sindical debe orillar su esfuerzo hacia una intersección entre los logros materiales e inmediatos del trabajador, y el mejoramiento del espíritu y la conciencia.

La publicación de temas recientes y sobre todo que nos atañen directamente a los trabajadores universitarios, es algo que requiere un trabajo concienzudo y permanente.

El libro en tus manos representa una nueva época de los *Cuadernos de Foro Universitario*, consistente en dos colecciones: *Nueva literatura mexicana* y *Pensar América Latina*, la primera tiene como objetivo difundir materiales inéditos de poesía, narrativa y análisis literario; la segunda colección, problematizar acerca de la realidad social, cultural, económica y política de América Latina, que de cuenta, sobre todo, de los últimos quince años de dicha región. Ambas tienen la intención de convertirse en crisoles de las nuevas generaciones[□] de estudiantes y trabajadores de la Universidad Nacional Autónoma de México.

La Secretaría de Prensa y Propaganda del **STUNAM** con la editorial independiente **Raíz y Tumba** consideraron importante abrir espacios a las nuevas generaciones de jóvenes creadores en ciencia sociales y humanidades, así como afianzar los lazos existentes entre los estudiantes y los trabajadores de base, que ayude a compartir experiencias vitales a través del oficio de labrar las ideas y la sensibilidad poética.

El presente trabajo es una coedición entre la Secretaría de Prensa y Propaganda del STUNAM y la editorial Raíz y Tumba. Los textos para los primeros números fueron seleccionados por comités editoriales respectivos para cada colección, con la intención de abrir convocatorias, que hagan extensiva la participación a todos los trabajadores y estudiantes de la Universidad Nacional en la publicación de sus materiales.

Octavio Solís, México DF, 13 de mayo de 2009

□ Nos atrevemos a exponer la definición en plural a consecuencia de la enorme heterogeneidad de los jóvenes de ahora.

Prólogo

Cuando abrimos la convocatoria para formar esta antología de nuevas narrativa mexicanas, nos propusimos reunir una muestra muy significativa de autores que abordaran distintas temáticas desde diversos puntos de vista. En el proceso de selección de textos, sin embargo, encontramos que las temáticas no sólo llegaban a coincidir en algunos casos, sino que incluso había ciertos rasgos estilísticos comunes a autores que corresponden a tradiciones literarias muy diferentes entre sí.

En este sentido, formamos la antología como si trazáramos un itinerario en el que el lector puede disfrutar de un asalto a mano armada y visitar, unas horas después, el sórdido ambiente de un hospital. Posteriormente, puede realizar trabajo voluntario en un asilo de ancianos, y luego cuidar a una abuelita a la que le han cortado un brazo junto a una familia muy peculiar. Si esto no basta, por las tardes puede salir a la calle, ser testigo de cómo pierde el control sobre su mano izquierda y dar un par de nalgadas a unos pasajeros en el metro. O bien, observar cómo una mujer se eleva hasta perderse detrás de las nubes sin explicación alguna.

También puede llegar a su casa y encontrar un camino de comida que lo conducirá hasta donde se encuentra su novia o novio, según sea el caso, muerta o muerto dentro de una nevera color verde. Si lo prefiere, puede soñar que es asesinado o asesinada y, desde luego, no puede perderse la experiencia única de visitar una cárcel clandestina por motivos políticos, mientras pasea en medio de una tormenta de nieve por las calles de Chicago. En todo caso, si a usted le gustan las cosas más sofisticadas, siempre puede regresar a la Colonia Condesa, asistir a la presentación de un libro, enamorarse de una bailarina, meterse en un viaje de tachas y cerrar, satisfecho, esta antología extraña, poco convencional, que concentra sólo una parte de ese mundo extraordinario que llamamos genéricamente “nueva literatura mexicana”.

Consideramos que lo nuevo, desde luego, es un concepto dinámico, en constante transformación. En este sentido, lo nuevo, para serlo, necesita corresponder a su tiempo, y consideramos que en esta selección de textos podemos hablar de nuevas narrativas mexicanas porque, en efecto, las historias que aquí se cuentan nos resultan extraordinariamente cercanas, por un lado, y por otro están escritas con un lenguaje que sólo corresponde a nuestra circunstancia histórica concreta. Que lo decida el viajero.

Globos y Dinosaurios

David J. Enríquez

Eras muy chico cuando le dispararon. Ese día, hace muchos años, dos tipos asaltaron la farmacia.

Dos tipos vestidos de negro y con pasamontañas entraron corriendo; el más alto se quedó atrás y el otro se acercó a mí. Me pidieron el dinero de la caja, yo no pude abrirla, estaba muy nervioso y las manos no me respondían. Vi que el sujeto alto de atrás tenía amagada a mamá con una pistola. Entraron dos policías y empujaron a un asaltante: se cayó el arma; escuché la detonación, el disparo. La bala entró en el vientre de mamá. Los policías detuvieron al asaltante que estaba tirado y el otro corrió.

Llegó una ambulancia y me llevaron a declarar a unas oficinas; lo hice casi mecánicamente, por varias horas. Después fui por ti a la casa. Estabas con la tía Flor. Te vi jugando con un globo rojo en el patio, o querías bajarlo de unas macetas, nunca puse mucha atención a tus juegos. No fuiste a saludarme. Caminé hacia el pasillo, me deslumbró el reflejo de un foco en el mosaico verde, casi era de noche.

Al final encontré a la tía, con su taza de café, y concentrada en el brincoteo de los canarios.

—¿Tu mamá sabe que fumas?, —fue lo primero que me dijo. Me vio de reojo. Estaba sentada frente al comedor. Yo puse el cigarrillo sobre una caja y la abracé. Ella era pequeña, yo sólo me tenía que encorvar un poco para poder abrazarla. —Bueno, ¿pero qué pasa? —me dijo, yo tartamudeaba una frase.

—Le dispararon, tía, está en el hospital —le musité.

—Válgame Dios, ¿a quién?

—A Elena —le respondí, luego nos separamos despacio. Yo me mordía los labios.

Flor se puso a llorar. La abracé otra vez.

—Vamos a verla, voy por Braulio, —le dije, procuré un tono muy suave, como quien no quiere despertar a nadie. Me puse una chamarra y saqué otra para ti. Fui contigo al patio, corrías de un lado a otro siguiendo el globo; tu pantalón estaba lleno de tierra. Era muy reconfortante verte jugar, no quería interrumpirte. Me saludaste con la mano.

—Mamá está en el doctor, vamos a verla.

—¿Qué tiene? —Tú agarraste la chamarra y el globo; me seguías viendo a los ojos: te abracé hasta que oí una queja tuya, te escabulliste.

—Le duele la panza. Apúrate para que la veamos.

Cuando llegamos al hospital, había menos luz. Todas las caras y las prendas se veían opacas. Parecías un muñeco de peluche con esa chamarra encima, no medías más de un metro veinte. Te llevé de la mano por el hospital.

No había nadie en las salas de espera. A veces una enfermera se cruzaba enfrente y se escuchaban sus tacones hasta que se detenía. Subimos dos pisos y llegamos a su habitación.

Abrazaste al dinosaurio de plástico que llevabas, no te recuerdo tan callado desde entonces. Entramos y corriste hacia mamá. “¡Suéltela, déjenla!”, gritaste. Yo fui a cargarte, no te dejé tocar las jeringas del suero. Llorabas a gritos, gimoteabas “mami, mami”. Tiraste el dinosaurio y la tía te sujetó.

Yo salí de la habitación, Laura me había llamado y le conté de mamá; entonces fue al hospital. Subí con ella y te vimos en la sala, sentado con Flor en las butacas, frente a la televisión. La tía rezaba con los ojos cerrados, vi cómo repetías con las manos juntas lo que te decía.

Me acerqué a ti, Flor me invitó a rezar.

—Esas son mamadas —dije al aire.

—No te enojés —me dijo Laura al oído, luego te abrazó con fuerza y se levantó. Fuimos a la habitación donde estaba mamá.

La vi otra vez, tendida en la cama. Me senté a sus pies, y Laura fue a la cabecera. Me quedé escuchando el pitido de una máquina de electrocardiogramas conectada a mamá: una señal estable, una gráfica con cambios agudos. Desde que entré a esa habitación no había levantado la vista del mosaico blanco que cubría el piso.

—Ya pasó, señora, va a estar bien —le dijo Laura a mamá y regresó conmigo. Puso sus ojos frente a los míos. “No estés triste, pequeño”, me escribió en la palma de la mano con un plumín negro; me besó; apenas levanté la mirada, luego volví a fijarla en el piso. Laura no había soltado mi mano, la deslizó bajo su blusa. Sentí bajo el encaje del sostén su pecho tibio y el pezón que empezaba a endurecerse. Ella movía mi mano bajo la suya para que la acariciara, muy despacio. La vi a los ojos, ella sonrió. Mis rodillas chocaban con las suyas y seguía de pie frente a mí.

Me soltó la mano y acarició mi ingle. Entonces el pitido de la máquina cambió a uno constante. Giré la cabeza: la gráfica del electrocardiograma se había vuelto una línea recta, blanca.

Me acerqué a la cabecera de la cama.

—¿Elena?

Salí a buscar a un doctor o una enfermera. Flor y tú entraron, Laura les explicó. Llegué con el doctor y nos pidió dejar la habitación. Salió diez minutos después, negó con la cabeza.

La tía escondió la cara entre sus manos, tú le preguntaste qué pasaba.

—Tu mamá se fue al cielo —te dijo. Luego le preguntaste cuándo iba a volver y ella te dijo que mamá se quedaría ahí para siempre.

—Pero yo quiero verla —le respondiste, empezabas a llorar. —Quiero verla.

Te llevé a casa un rato después. Lo primero que vimos al entrar fue el plástico rojo del globo, ya sin aire y frente a la puerta. Fuiste a tu cama y te acompañé, yo iba a volver con Flor, pero vi que te envolviste con cobijas e intentaste dormir.

—¿Qué, hoy no te lavas los dientes?, además siempre rezas con la tía antes de dormir —te dije desde la puerta. Diste un brinco para levantarte.

—No quiero, Dios hace al revés todo lo que le pido —me dijiste, sentado en la cama.

Las Inolvidables y un nuevo amanecer

Daniela Álvarez

No fue por la fachada blanca y sucia, que Lorena decidió dar media vuelta y caminar sobre la banqueta hasta la casa de reposo. “Nuevo amanecer” decía en la pequeña placa azul, colgada en la parte alta de la pared. Una ventana abierta despedía un olor dulcísimo, casi asqueante; el aroma penetró en la nariz de Lorena, ella olvidó las cosas que tenía que hacer y el lugar al que iba. Se acercó al ventanal del que pendían dos cortinas blancas de tela delgada, transparente, y con un bordado a mano. Sus ojos recorrieron a los abuelos uno por uno. En total, en la habitación amueblada con unos cuantos sillones y dos o tres sillas, se encontraban sentados y en silencio unos siete ancianos. Una mujer de cabello voluminoso de color café con mechones blancos, descansaba sus pies en el suelo percutido, mientras la anciana de al lado tejía una bufanda rosa, que desde lejos amenazaba con irse chueca o deshilarse ante cualquier pequeño movimiento; una bufanda malhecha con todas las fuerzas.

Un viejo dormitando sobre su andadera, aventaba la cabeza de un lado al otro, las sacudidas eran espaciadas y en cada una se veía más cercano el golpe de su nariz contra el fierro de su aparato.

A Lorena le parecieron cansados, llenos de arrugas, solos. Quizá fue esa la razón por la que Lorena se decidió a entrar; también por el hombre gordo que estaba con ellos en la sala. Se entretuvo por mucho tiempo contando unos billetes, pasándoselos de mano a mano y sin mirar a los viejos; o tal vez fue el olor a tienda de antigüedades, a iglesia en pleno domingo, lo que empujó a Lorena a entrar a esa descuidada construcción. *¿A quién viene a ver?* Le preguntaron al abrirle la puerta. Después de una extensa explicación de cómo no visitaba a nadie en especial, y que tampoco quería hacer ningún servicio social, la dejaron entrar acompañada de risitas y chistes sobre las personas sensibles y sus buenas acciones del día. En el silencio, sus pasos resultaban en una melodía chocante y estrepitosa

que logró medio despertar a los ancianos que dormían. La observaron atentos de arriba abajo, como queriendo recordarla de algún lado, tal vez una nieta que no habían visto desde hacía unos años, conscientes de que, a su edad, si no falla la memoria, falla la vista o las ganas de acordarse.

Lorena miró dentro de sus años de infancia a su abuelita, día tras día, sentada en el sillón de tela fría y con estampado de flores, ya muy bien amoldado por sus caderas. Ella frente a las telenovelas de la tarde, hilando y deshilando constantemente el punto de cruz en el aro para bordar. A Lorena siempre le había hecho falta una presencia así, unas manos suaves con olor a crema de catálogo, unos ojos quietos, muy brillantes; unos que guardaran años y gente y dolores. Apenas posaba su cabeza, y el calor que emanaba de su pecho hacía que se quedara profundamente dormida; nunca fue diferente.

La joven avanzó hasta la sala, saludó a los extrañados adultos mayores y aclaró que sólo estaba ahí para hacerles compañía; no sería el único día que lo hiciera. Sus visitas fueron cotidianas a pesar de los accidentes posteriores al primer fin de semana. En un principio, los abuelos se acercaron entusiastas, algo desesperados, a su cuerpo, la apretujaron en medio de un sillón; ella sintió las formas regordetas de los viejos. En ese momento se puso muy nerviosa, sofocada, como si se la fueran a comer viva. Sintió el impulso de levantarse y salir corriendo. Lo contuvo. Escuchó atenta las anécdotas y los reproches para los empleados de la casa de reposo; del asilo.

Los hijos de Edna la quieren pero no tienen tiempo de atenderla, tampoco de visitarla. Cuando ellos eran niños, su madre trabajaba doble turno en una fábrica de muebles de madera, para poder encargarse de todos los gastos, incluyendo la escuela. En sus tiempos libres trató de jugar con ellos y atenderlos lo mejor que podía. Ana Lilia vivió durante años en el campo, dice que cocina delicioso y que prepara unos postres riquísimos, teje toda clase de ropa, desde unos guantes hasta un suéter. Lo que casi nadie sabe es que, allá en su casa, plantó y cultivó marihuana cuando era joven. Ahora se da su buena sobada con esa hierba y un poco de alcohol todas las noches, así alivia el dolor de las piernas. Don José platica muchos cuentos del Partido (nunca dice cual), de los debates en la universidad de la que lo corrieron por andar de alborotador; que borraron su historial académico junto con el de otros dos de sus compañeros, a los que no volvió a ver. Lorena lo escuchaba atenta, pero muchas veces pensó que

era una exageración. El día que sus hijos fueron a verlo a su casa, lo convencieron de irse a vivir a un lugar de reposo, para que conociera personas de su edad. Sus nietos se la pasan peleándose la herencia y él todavía está vivo. Sus carcajadas llenan el cuarto cada vez que se acuerda que en su testamento se lo deja todo a su vecino de diecisiete años, un muchacho que subía a verlo en ocasiones y platicaba de fútbol con él.

Lorena se encariñó pronto con esa experiencia. El segundo fin de semana, después de tomar un vaso de agua de jamaica sin azúcar, entró al baño. Se arrepintió en seguida al ver a un grupo de moscas que revoloteaban emocionadas sobre la taza, fue peor cuando pisó el charco de orines en los azulejos percutidos. Con el olor y el asco bien impregnados en la nariz, regresó a la sala, donde los viejos pasaban todo el día. No tenían modo de entretenerse, hasta que Lorena llevó un radio AM/FM con el que, sin querer, ocasionó varias peleas entre *Las inolvidables de ayer y hoy*, y las noticias (para enterarse de lo que pasa en el mundo). *Las inolvidables* ganaron en todos los enfrentamientos, sin excepción alguna, quién podría negarse a ver su vida en canciones clásicas. A la joven le resultaba imposible no sentir compasión por las personas que ahí residían, ancianos a los que por sus impedimentos físicos les era muy difícil bañarse o comer solos; aun así, nadie los ayudaba. Sólo por una noche, la invitada decidió quedarse a dormir en el asilo. Ver un nuevo día en compañía de los abuelos que, de alguna manera, llenaban el espacio que dejó su abuelita. Todo estaba muy silencioso, y en la obscuridad parecían danzar siluetas que Lorena no reconocía. Los ruidos extraños, muy similares a los que se escuchan en los hospitales durante la madrugada, la dejaron descansar muy poco.

El escándalo comenzó por la mañana, cuando encontraron a Edna muerta en el baño. Le dieron más pastillas de las que debían y su corazón no lo aguantó. La siguiente semana hubo otra muerte.

Ana Lilia; demasiada azúcar para una diabética. Don José, que caminaba con ayuda de un aparato, se cayó por las escaleras en la noche y lo encontraron a la mañana siguiente. Se fueron muriendo uno por uno, era algo casi imposible de creer, de no ser por el gordo de los billetes, el bañoapestoso y la comida medio cruda.

El sábado por la tarde, ya no era ninguna sorpresa llegar y encontrarse con otra muerte; sin embargo, vio en la orilla de un sillón a una mujer que no

había visto antes, o al menos no la recordaba. Era muy delgada y bajita, con un enorme diente en las encías, sostenía un álbum de fotos muy ancho entre las manos. La anciana sonreía feliz, ahora le iba a mostrar sus fotografías. No había nadie más antes de ella. Era su turno.

Sobre la portentosa historia de la abuela hedionda y su aséptica familia

Orlando Cruz Camarillo

Aquella insoportable pestilencia inició cómo un tenue tufillo. Únicamente las narices más avispadas de la familia lo detectaron desde el día en que visitaron a la abuela en el hospital, donde se le había amputado un brazo. La estancia que la venerable señora compartía con otros pacientes, estaba cargada de aromas asépticos y esterilizados, propios de un nosocomio, pero ya se percibía en el ambiente aquel extraño efluvio. Ese día escucharon, en palabras del médico, la afirmación de que únicamente le restaba “a la abuelita” una serena convalecencia, por lo que les recomendó apoyo familiar para un pronto alivio. La familia escuchó atenta y se complació por los favorables pronósticos. Convinieron entre ellos que por apoyo familiar no iba quedar. Al entrar al cuarto la notaron aún amodorrada; sin embargo, reflejó sus ganas de vivir con una débil sonrisa. La familia, con rostros risueños y palabras suaves, le expresó un sincero cariño, mientras le hacían caricias en los brazos y la surtían de besitos en la arrugada frente. No sin cierta envidia de los demás pacientes y reticencia por parte de las enfermeras, se tomaron una foto alrededor de la abuela como una verdadera familia feliz.

El recibimiento para la abuela no podía ser más entusiasta. La familia organizó una fiesta de bienvenida, donde los regalos y las palabras de aliento abundaron. Se guisó de manera especial la comida favorita de la abuela: molito poblano. Atenuado en su condimentada esencia, el platillo fue dispuesto para que la abuela saboreara al menos unos bocados y se sintiera de nuevo en casa; la familia la animó y la abuela lo hizo con suma felicidad. Desafortunadamente, ya entrada la noche, los dolores estomacales y la diarrea la turbaron. Con un sentimiento de culpabilidad, la familia la atendió con gran diligencia. Le ofrecieron pastillas y menjurjes de toda índole; sobraron voluntarios para velar sus necesidades nocturnas. Al siguiente día, a pesar del intranquilo sueño, la abuela bajó al comedor con un semblante recuperado y hasta podría decirse que feliz, lo que le

valió admirados comentarios sobre su “buena madera”. Así pues, la abuela disfrutó de un frugal desayuno, mientras miraba a su familia retacarse del molito poblano recalentado.

Los primeros miembros de la familia que se turnaron para cuidar a la abuela durante la noche, advirtieron el desagradable aroma en la casa, e inmediatamente se emprendió, con cierta inquietud, su rastreo. No tuvieron resultado evidente, hasta que, tras observar las medicinas desplegadas sobre el buró y el excesivo aseo de la pieza de la abuela, evocaron el hospital. Se justificó esa desazón como una simple reminiscencia olfativa. No le dieron mayor importancia.

A los pocos días, la abuela se negaba a recibir asistencia alguna. No por un simple capricho senil, sino porque su vigorosa recuperación se lo permitía, además de que le parecía una desconsideración por parte suya quitarle tiempo a su familia, tan ocupada en sus propios quehaceres. Se desplazaba ligera y parlanchina por toda la casa, y hasta se atrevía a dar cortos paseos por la calle. Más de un peatón miró asombrado a aquella tullida anciana tomar el sol, sentada en una cómoda sillita que le disponían sobre la banqueta; algunos perros callejeros se le acercaban para olisquearla y después de unos instantes, se escabullían ladrándole hostilmente. Cuando algún compromiso social lo requería, se le dejó sola, confiados en la renaciente fortaleza de la abuela. Además, la familia comenzó a permitirle asearse por sí misma, salvo la herida, que se la siguieron lavando y examinando con ojos desconfiados, puesto que un discreto tufillo parecía emanar de allí. Sin embargo, la cicatriz maduraba satisfactoriamente, sin rastros de putrefacción.

Cuando el doctor le quitó el último vendaje y el muñón quedó desnudo, el desagradable olor inundó el ambiente con intensidad. El galeno se vio obligado a disculparse y salir un momento del consultorio; regresó portando un cubrebocas. Prosiguió la auscultación obligatoria y, salvo el penetrante olor, no encontró nada anormal. Miró nuevamente los estudios clínicos y los aprobó con un movimiento de cabeza. Le recetó algunos medicamentos y rápidamente despidió a su paciente. Entonces las noches de la familia se volvieron incómodas. Era indudable que todos ya habían captado ese tufo, pero nadie se atrevía a mencionarlo.

Sin la barrera de la venda, la visión de su muñón desnudo le provocó constantes pesadillas a la abuela. Para evadir el sueño se afanaba en

cualquier distracción. Ofrecía su ayuda o simplemente su compañía en las faenas habituales de la familia. No obstante, le comenzaron a prohibir cualquier mínimo esfuerzo. Con suave voz, la familia le expresó la imperante necesidad de un reposo total; la abuela, incapaz de contradecirlos, ni siquiera aludía a sus recientes pesadillas. El insomnio fue entonces su nuevo compañero. Sus tenaces párpados se negaban a ceder, apuntalados por las persistentes plegarias que decía a media voz, en la plena oscuridad de su recámara, y que podían inquietar a su acompañante en turno.

Unos días más y la fetidez se volvió sólida. Las muecas contenidas, los tontos pretextos para evadirla, la proliferación de fragancias artificiales, todo eso lo evidenció, ya no se podía obviar. No se tuvo la certeza de quién de los miembros de la familia fue el que sin amagues mencionó lo del hedor. Tampoco quienes, un tanto sobresaltados, censuraron el comentario, para en seguida aceptarlo un tanto incómodos. Se decidió entonces que la visita al doctor se tenía que adelantar. Según la familia, era obvio que la enfermedad no había cedido. Con vaguedad se mencionó la posibilidad de cambiar de servicios médicos. Lo que se desechó de inmediato al considerar que se tenían otras prioridades económicas y la miserable pensión de la abuela era insuficiente. El doctor les recomendó practicarle unos exámenes clínicos en algún laboratorio particular, "ya saben que en las instituciones públicas suelen haber errores continuamente", explicó. La familia ni siquiera consideró dicho consejo, puesto que acordaron proseguir el tratamiento del hospital público.

La fetidez aumentó cada día más. Las citas médicas se adelantaron y la familia no dejaba de presionar al galeno para que brindara una cura definitiva. Fue así que un día, ante los términos científicos que esbozó el facultativo, la familia abrió los ojos con desmesura; no habían entendido en absoluto, por lo que el doctor aplicó una metáfora dudosa, pero contundente: "La abuelita se está pudriendo desde las entrañas". Había que operar de inmediato. Se le explicó a la abuela que iba a ser sometida a una nueva cirugía, tan sencilla cómo la anterior, cuando se le amputó el brazo. Era exagerada su preocupación teniendo tantas posibilidades de salir avante, le dijeron.

Ya no hubo festivo recibimiento ni rostros de cariño. Unas miradas de tristeza y auténtica preocupación observaron a la abuela llegar. Sin la totalidad de un brazo y con su otro muñón fresco, la vieron avanzar

trágicamente, casi sin ayuda. La familia intentó simular sonrisas, que se desmoronaron al acercársele, pues la fetidez se conservó intacta. El sofocante calor primaveral junto al hedor, menguaron los ánimos de la familia y ya no hubo voluntarios para los acompañamientos nocturnos de la abuela; entonces se recurrió a turnos obligatorios. De poco o nada sirvió. La abuela, presa de la aflicción por su cada vez más deteriorado estado, comenzó a deambular por la vivienda a media noche. Acongojado, su asistente solía regresarla a su cama; las constantes reincidencias de la abuela terminaron por abrumar a la familia, quien la dejó libremente merodear la casa. Se volvió ordinario escuchar por las noches sus rancios y desgarradores lamentos buscando sus brazos.

La familia, exasperada por la pestilencia que aumentaba y los interminables clamores delirantes de la abuela, decidió llevarla a urgencias. Sin mayores exámenes ni controversias médicas, se le amputó una pierna, en tanto quedó amenazada la otra extremidad. De vuelta a casa, la familia no disimuló su pesadumbre ni el hastío. Aunque ahora la abuela alternaba su demencia con ratos de mutismo, y rarísimos lapsos de cordura en los que pedía perdón por los inmensos trabajos que le hacía pasar a la familia. Conmovidos, le replicaban, de lejitos, que no era cierto, y que en todo caso era su obligación, pues seguían siendo una familia unida. Pero ya nadie se preocupó por velar sus sueños y viglias.

La fetidez nauseabunda ya no se contenía ni en la recamaras ni en los pasillos, ahora invadía decididamente todos los resquicios de la casa, incluso enclaustrando a la abuela en su cuarto. La familia que acostumbraba a dormir desperdigada por las diferentes piezas, decidió dormir en una sola, la más alejada y protegida de esa insoportable inmundicia. Al otro día, mientras comían en una fonda del mercado, acordaron una nueva medida. Decidieron que la abuela estaría mejor en el cuarto de la azotea, el aire seguramente ventilaría su desagradable aroma. Craso error, el viento era inexistente y el sol penetró inmisericorde el techo de lámina de aquella bodega. Las muecas de alguno que otro vecino y los aullidos lastimosos del perro en la azotea, evidenciaron que no era la mejor solución.

La abuela seguía alternando su estado mental. A veces, comía lo que le ponían al pie de su puerta, mientras su llanto irrumpía la azotea; otras tantas, completamente fuera de sí, se arrastraba, en medio de una nube de moscardones verdes, sobre el piso pringoso de sus propios excrementos

y los del perro, y emitía su acostumbrado lamento, en busca de sus miembros amputados, y era coreada por los aullidos de los animales callejeros que la escuchaban; y después, volvía a un total mutismo; ya casi no tenía momentos de lucidez. La casa ya era insoportable por ese maldito hedor. Con enorme resentimiento, la familia exclusivamente presentía a la abuela a través de las paredes y las puertas bien cerradas que ya no se atrevían a abrir. Cubiertas sus narices con gruesos pañuelos perfumados, llegaban solamente para dejarle de comer junto al perro. Pensar en volver al hospital era una locura, parecía que por cada corte de bisturí que le hicieran a la abuela, su podrido corazón podría emanar.

Los vecinos comenzaron a notar aún más la agresión de aquel inmundo hedor y más de un integrante de la familia tuvo que sortear sus cuestionamientos. Entonces se decidieron. Habían cavilado muchas soluciones, pero definitivamente ésta era la más acertada y contundente.

Unida, la familia emprendió el remedio. Resguardados por la noche, alistaron la camioneta con lo necesario y uno de ellos se trepó a la azotea llamando a la abuela. Sin palabras de por medio, la introdujeron en una cajón de madera, parecido a un ataúd, atestado de especies olorosas. La subieron en la parte de atrás y emprendieron el camino. Sospecharon la cercanía de su objetivo cuando sus olfatos absorbieron el pavoroso encontronazo de ambas pestilencias. Más de una vez se detuvieron para que alguien de la familia vomitara. Después de una eternidad, que en realidad fueron unos momentos, estaban allí, en medio de enormes montañas de basura. Bajaron cuidadosamente la caja y a un lado de ésta, ciertas provisiones. Y se alejaron raudos, ya no alcanzaron a escuchar cuando la abuela comenzó a mascullar lastimosamente: "Pero si todavía siento..."

Triunfante, la familia regresó y se aplicó febrilmente al aseo de su hogar, lavaron y relavaron lo que consideraron necesario. Se amontonó y se desalojó a la calle todos los objetos que pudo haber tocado la abuela. Los echaron al fuego, sin importarles que los desvelados vecinos los miraran con extrañeza y molestia. El rostro de consternación de la familia, mudó lentamente a un rostro de serenidad cuando se fumigó la casa con potentes y agradables aromas. Después llegó la hora del aseo personal. No era de extrañarse, que uno de los miembros de la familia se tardara más tiempo de lo común en el baño. Aferrado a su nuevo cepillo de dientes,

lidiaba con desesperación contra un raro tufillo que comenzó emanar de su boca...

Onomatopeya plaf

Mario A. Mendoza Caballero

*Nalgaistas de todos los países subyugados
¡oea oea oea oea, uníos!
Efraín Huerta. Manifiesto nalgaista.*

Todo comenzó con aquel plaf. La mujer que estaba a mi lado en el vagón del metro me dio una cachetada; fue un duro golpe que se marcó en toda mi mejilla, y bien merecido me lo tenía. De alguna manera, mi mano había adquirido vida propia para darle una nalgada a la mujer. Antes del golpe, sentí cómo mi mano se iba volviendo pesada, tan pesada que parecía que la Tierra, con su poder de atracción, me la quería arrancar. Volteé para ver mi mano en ese momento: mis dedos se movían como intentando olisquear el aire en busca de unas nalgas que nalguear. Fue entonces cuando vi claramente cómo mi mano se fue a estampar con aquella viejita; después sobrevino todo el mal momento que pasé de estación en estación.

Durante varios días estuve tentado por la idea de ir a un psicólogo, pero no creí que fuera tan grave y decidí que sería algo pasajero. Un día fui a bailar con mis amigos al Tropi Q. Íbamos cuatro, tres hombres y una mujer, la chica que nos acompañaba era de las famosas presta pronto y sabadaba. Cabe decir que esa mujer a mí no me gusta para nada, pues bueno, resulta que nos levantamos a bailar y cuando estaba la salsa en su mejor momento, nuevamente sentí ese peso en mi mano, el agitar de mis dedos y ese punzón final antes de la nalgada; ella no dijo nada, sólo sonrió. Días después, en la oficina ya circulaban varios chismes en el radio pasillo: que si era un degenerado, que si era mi amante, que si ya teníamos años de andar saliendo. Resulta que ese chisme llegó a nuestro jefe y, bastante irónico, resultó que ella era la amante de él. Ja. Esa fue mi última semana en el trabajo.

Así pasó varias veces en autobuses, en el metro, el metrobús, en la fila del banco, en la fila de las tortillas, en espera de la leche. Era una situación molesta. Pero únicamente me pasaba con las mujeres. Sin embargo, una de las últimas nalgadas que dio mi mano izquierda fue en un baño del cine, y fue diferente. Había ido solo a ver *Rudo y Cursi*. Antes de entrar a la sala, pasé al baño. Estaba un señor de edad considerable a mi mano derecha, y a mi mano izquierda, un niño de 8 años aproximadamente. Me parece que está de más detallar cómo mi mano, en un acto descabellado, le dio una nalgada al niño, quien me miró y le dijo a otro señor que estaba junto a él, Abuelo éste me está manoseando. El señor armó un revuelo que de haberme quedado, una de dos: me linchan o me meten a prisión por abuso a menores. Salí corriendo, no sin antes recibir patadas, empujones, puñetazos y, desde luego, no faltó el hijodeputa que me escupió. Salí rápido para que no pasara a mayores, y obviamente ya no pude ver la película. Caminé por la Alameda con la mano en la bolsa, porque cada que una persona pasaba medianamente cerca, se agitaba dentro de mi pantalón como pez fuera del agua. Me detuve a ver a uno de los payasitos que hay en la Alameda. Parecía que había encontrado la solución, meter la mano en la bolsa del pantalón. Entonces me detuve donde había menos gente; sin embargo, frente a mí, al otro extremo, había una muchacha con bastante pecho y, de verdad, se los juro, sólo la mire de reojo, pero tuvo a bien una pinche viejita pararse a un lado mío. Entonces mi mano se agitó, como ave espantada dentro de la jaula, y la viejita me comenzó a gritar cochino, degenerado, mira que masturbarse enfrente de la gente. Nuevamente las personas que estaban cerca, indignadas, se me abalanzaron, me correataron. Alcancé a entrar al metro; la gente embravecida me quería linchar por cochino, y yo atrás de los polis esperando que contuvieran a toda esa gente. Entonces la desgraciada de mi mano izquierda, en una muestra de muy mala voluntad, por cierto, le asestó una sonora nalgada al policía. Esa fue la última nalgada...

Señores del jurado, me acuso de ser inocente, mas no desmiento que esta degenerada mano izquierda es la culpable. Y tengo miedo. Sí. Tengo miedo de que un día, sin que me dé cuenta, sonsaque a la derecha. Es por eso, señores, que pido justicia.

El juez dictó sentencia: pena de muerte para la mano izquierda.

El vuelo divino

Israel García C.

Suena increíble, señor comandante, pero le juro por mi madre aquí presente, y por mi padre que en gloria esté, que le digo la verdad: Rufina se fue volando. No, señor, no se echó a correr para agarrar vuelo y luego elevarse, ni pegó un brinco hacia el cielo. De pronto, un chiflón sopló con rabia y ella, a pesar de su gordura y su altura, porque flaca no es y chaparra menos, se elevó por los aires hasta perderse. Tiene razón en dudar de mis palabras, comandante, pues esto que le cuento sólo lo vio el nevero, que a esa hora de la tarde siempre esta cabeceando, y don Gel que, como todos saben, casi siempre está borracho gracias a los marrazos de aguardiente que se avienta cuando, según él, se acuerda de la trastada que le jugó el presidente municipal, y si a esto le agrega mi famita de chismoso y loco, pues olvídelo, nunca me va a creer. Pero le juraría, por lo que usted quiera, que le estoy diciendo la puritita verdad. Rufina se fue volando.

Le voy a contar cómo fue. Yo me encontré a Rufina como a las cuatro de la tarde en el parque, me dijo que iba a misa, porque usted no está para saberlo ni yo para contarlo, pero Rufinita es muy devota, y yo, a pesar de no llevarme bien con las sotanas desde hace tiempo y con tal de estar con ella, me animé a encerrarme más de una hora en la iglesia para rezar y escuchar el sermón de este padrecito, que ahora jura que yo tengo a la señorita encerrada y embarazada en algún lugar de este pedazo de mundo.

Pero permítame decirle, señor, que a mi me late que éste curita me trae de encargo, porque hace poco menos de un año yo era monaguillo en la iglesia de este padre... bueno, es un decir que en su iglesia, porque todas las iglesias son del Señor, pero le decía que yo era el monaguillo, y si dejé de serlo no fue porque me volviera ateo, ¡ni Dios lo mande!, como el señor cura lo dijo, y tampoco fue porque me hiciera marxista, como el maestro de la primaria lo aseguró en la cantina; es más, yo ni sé qué cosa sea eso

de marxista, pero a mí me suena como a testigo de Jehová o algo así, y tampoco fue por robarme las limosnas y el vino de consagrar, como doña Elpidia se lo juró a todo aquel que se le acercaba, pues en ese tiempo el cura le estaba construyendo la alberca a su casa y ni esperanza que se le fuera un peso de las limosnas, y la verdad, a mí el vino de consagrar ni me gusta. No, señor, no se fie de la gente de este pueblo, yo dejé de ser monaguillo porque el cura me corrió cuando me encontró pidiéndole a la virgen me concediera el milagro para que Remedios, para mayor referencia, su hija, no quedara embarazada a causa de lo que hicimos bajo el árbol que está atrás de la sacristía un domingo que venía de comulgar... yo no, ella.

No se enoje, señor comandante, si no le hice ningún mal a su hija, ya ve que no pasó nada. Además, ustedes me pidieron que confesara la verdad y es lo que estoy haciendo: les estoy diciendo toda la verdad. Pero le juro que Rufina se fue volando, y le aseguro que yo no la tengo escondida y menos embarazada en ningún lugar, y no crea que no la embaracé por falta de hombría o de ganas, bueno, puede que por falta de ganas sí, porque nunca quise embarazarla, yo sólo quería enseñarle lo que toda mujer decente no debe hacer hasta después del matrimonio, así como se lo enseñé a su hija, a Magdalena, a Lupita, a Julia y a casi todas las señoritas que van a las reuniones de la iglesia los domingos. Y digo casi a todas porque a Rufina jamás pude enseñarle nada, pues doña Engracia y don Eulalio casi nunca la dejan sola, con eso de que es su única hija, la cuidan más que a su dinero. Y como dicen que yo soy un mil usos sin fortuna y sin futuro, pues nunca pude acercármele, hasta hoy que la encontré sola, pero de saber que se iba echar a volar y que yo terminaría esposado frente a usted por ser el último con el que la vieron, ni la lucha le hago, eso se lo aseguro.

Aunque, para ser sincero, señor, yo no sé por qué doña Engracia le cree al padre eso de que yo embaracé a su hija, si ella y las señoras del comité de caridad fueron las que me enseñaron cómo hacerle para no andar dejando hijos regados por el mundo. Fue hace cuatro años, porque recuerdo que acababa de cumplir dieciséis, cuando doña Malena, esposa del presidente municipal, me pidió que fuera a su casa para desyerbar su jardín. Acabando la faena, me dijo que subiera a su recamara para que me pagara, y cuál fue mi sorpresa al entrar y verla recostada en su cama toda desnuda, con las piernas abiertas y los ojos clavados en mi herramienta. Me dijo: "Quítate la ropa, Chintito, que te voy a enseñar lo que debes hacer para no dejar hijos regados por el mundo, y

además te voy a dar un extra por este trabajito". Le confieso que al principio no me animaba, pero mi mamá estaba enferma y necesitaba el dinero, así que me desvestí y me puse a trabajar según las indicaciones de la señora, y que Jacinto muévete así, y que Jacinto no vayas a acabar adentro, y cuando sientas raro entre las piernas lo sacas, Jacinto y al final "¡Ay, Chinto, qué sabroso!" Después de eso, todas las señoras del comité me dieron trabajo, y yo sabía que después del trabajo tenía que hacer el trabajito extra.

¡No, por favor! Quererme ahorcar por ganarme unos centavos me parece mucho castigo, si yo lo único que hice fue hacer lo que sus señoras me ordenaron. No he robado ni he matado, y les juro que Rufina se fue volando, yo no la tengo secuestrada ni embarazada en ningún lado. ¡No me pegue, señor presidente! Yo sólo digo la verdad, como ustedes lo pidieron. Yo sólo puse en práctica lo que sus esposas me enseñaron ¡Dígale a don Eulalio que me suelte! ¡Yo no sé dónde está Rufina, yo no hice nada que pudiera embazarla! ¡Se fue volando! ¡Le juro que se fue volando!

-Apenas te soltaron, Jacinto.

-Sí, Rufina.

-¡Pero mira cómo te han puesto! ¿Te duele mucho?

-No es nada, nada que tus manitas no puedan curar.

-Ay Chinto, yo creo que mejor me regreso a mi casa, qué tal si se dan cuenta que yo no vuelo, que todo fue una mentira, que en verdad estuve en tu casa haciendo cositas contigo.

-Cálmate, Rufina, con todo lo que les dije ni se acuerdan de ti, si vuelas o no vuelas ahorita es lo de menos. Además, no estabas aquí cuando vinieron a buscarte, así que, como ellos dicen: "no hay delito que perseguir".

-No sé, Chinto, ni modo que mañana nomás me voy a apersonar así como así, y qué tal si no me creen, ya ves que aquí la gente luego no quiere creer nada.

-Para que parezca más real, mañana temprano te doy una revolcada en el monte y ahí te dejo tirada, no te preocupes, no te voy a pegar muy fuerte; luego invito al pulque a mi amigo el nevero y a don Gel, y te encontramos ahí tirada e inconsciente, luego dices que no recuerdas nada más que las nubes y el cielo azul, y listo, en una de esas hasta te andan canonizando como al Juan Diego.

-Bueno, pues espero que dé resultado... pero no me pegues muy fuerte, por favor.

-Ya te dije que no te preocupes, y mejor quítate la ropa para que te enseñe lo que no debes hacer con un hombre hasta después del matrimonio.

Neveras verdes peluche blanco

Gerardo Grande

A Elena

Ella estaba desnuda, en posición fetal, envuelta en plástico dentro de la nevera verde. Los ojos cerrados, las manos enlazadas y la boca abierta; entre las rodillas, su unicornio de peluche blanco. No pude contener la risa. Ella había sacado todos los alimentos de la nevera para hacer un camino desde la puerta de entrada hasta la cocina. Cuando llegué a la casa, encontré en el suelo jitomates, varias hojas de lechuga, pedazos de bistec crudo; la carne en el suelo olía mal, no vi un huevo hasta que ya lo había pisado, la punta de mi zapato embarrada de yema. Quise vomitar.

Me quedé sentado, mirándola, detuve por un rato la puerta de la nevera verde con la mano derecha para que no se cerrara. Después volvió la risa, incontrolable, me levanté del suelo. El estómago me dolía de tanto reírme.

Pensé que iba a ser más difícil sacarla de la nevera, pero sólo tuve que jalar de su cintura. Intenté desenlazar sus manos pero no pude, las tenía completamente engarrotadas. La brillantina azul del unicornio daba fuertes destellos, se había pegado en mis dedos, también en mi saco.

Mi compañera tenía una expresión de placer, incluso fuera de la nevera verde. Sus ojos estaban cerrados; las líneas del rabillo arrugadas, se habían quedado así en un intento por no abrir los ojos. Su boca, sus bellos labios ahora un tanto azules, estaban separados con suavidad para enseñarme el placer que brotaba en ella mientras iba hacia la muerte. Los dedos de los pies: rígidos, las uñas moradas y el contorno blanco. De ese modo ella me gustaba más.

Era una situación absurda, cuando salí de la casa mi compañera estaba muy mal, la noticia de la mañana era que la empresa encargada de hacer las neveras verdes había quebrado.

Por un tiempo, esas neveras fueron la sensación, casi todas las mujeres querían una así, era algo novedoso, pero después dejaron de gustar, de sorprender, y ya nadie las compraba.

Ella se obsesionó. En cuanto salieron a la venta, fue a comprar varias: una pequeña al estilo de un frigobar para el cuarto, otra para el estudio; una en el baño y la más grande en la cocina. Llegó un momento en el que tuvimos una habitación sólo para las neveras más chicas, casi hieleras.

Ella sentía que los cuadros de la casa, los floreros azules, las mandarinas, el amarillo con motitas cafés de los plátanos, el microondas, todo desviaba la atención de sus neveras verdes. “¡Incluso el olor!”, me gritó una vez, cuando yo asaba unas salchichas. No quería que hubiera algo más que sus neveras verdes. Los fines de semana ella las movía de lugar, intentaba hacer esculturas acomodándolas de diferentes formas. Se pasaba horas contemplándolas. A algunas les abría la puerta o las ponía de perfil para que se vieran mejor, decía.

Una ocasión, quise poner música y el radio no estaba en su lugar. Era muy raro, para qué movería el aparato de su sitio. Le pregunté dónde lo había dejado, pero ella no me contestó. Di con él después de buscarlo en veintidós neveras.

Ya las vitrinas y los muebles no tenían uso, todo lo encontraba en alguna nevera verde, el problema era dar de inmediato con el objeto que buscaba, pues siempre movía las cosas de nevera “para que tengas más tiempo de admirar mis neveras verdes”, me dijo en algún momento. Si yo iba a utilizar algo, comenzaba a buscar con minutos de sobra; tenía que medir mis tiempos.

Nunca le pregunté la razón por la que hacía esas cosas; yo podía soportar, si estaba loca no era mi problema. A mí sólo me gustaba.

Se me reventaban los ojos cuando veía a mi compañera. Era hermosa. Delgada, de cabello ondulado; tenía un lunar diminuto entre la nariz y los labios; el tono de su piel: café suave. Y los hombros frágiles, delicados.

Incluso muerta era muy bonita. Ahora me obligaba a actuar, pero no sabía qué hacer con ella, al menos ya había dado el primer paso: sacarla de la nevera verde.

Esa mañana comencé a trabajar tarde, pues para que me quedara ahí, con ella, se había desnudado. Sacó de una caja pequeña de madera su mariposa favorita. Yo estaba en la orilla de la cama, observándola; mi compañera acostada boca arriba, con las piernas juntas y los brazos extendidos.

Una vez más estábamos juntos en la cama, ella desnuda y yo sólo viéndola, así era siempre. La posibilidad penetrarla estaba ahí, pero al final ella se negaba y yo tenía que conformarme con haberla observado.

“No mires las nubes de otoño”

Una mariposa grande entre sus muslos, en el sexo; las antenas dibujaban la pelvis. “Por qué” “No mires las nubes de otoño”, volvió a decir ella. “Son de otro color, tal vez anaranjadas o cafés como mi piel, y no quiero que las mires”.

Claro, pensé, su cuerpo esta tapizado de sus nubes imaginarias, desde los pies delgados y finos hasta la frente.

Y el sexo de colores, morado y verde y azul y negro.

Así era ella, de pronto decía cosas a las que no les encontraba sentido.

Su cabello ondulado daba la impresión de ser millones de suaves trazos dibujados a lápiz en la almohada. Esta vez, intenté acercarme a ella. Lo hice poco a poco, a gatas. Me movía por la orilla de la cama, mis brazos rozaron el contorno de sus muslos, sentí el calor de su piel alcanzar mis

brazos fríos, después su cintura, el vientre; dejé mis manos apoyadas en el colchón y cerca de las costillas de mi compañera. Ella respiraba tranquila, miré el movimiento de su pecho, un movimiento delicado, apenas perceptible. Su rostro no tenía expresión: la boca cerrada, los labios en espera y la mirada fija, nada más.

Le quité la mariposa de encima para descubrir el tono de su sexo. Ella me desvistió con sus largas manos.

Luego me guardé en ella por primera vez. Apretaba mi cintura con sus delgadas piernas; conteníamos el aliento unos segundos para después exhalar con fuerza. Su cálido aliento se estrellaba directamente en mi rostro para inundar mi nariz con un olor a paleta de zarzamora. Nos movíamos despacio. Acariciaba sus muslos con la punta de mis dedos. Ella giraba con suavidad su cadera. Le dibujé otros labios con el color de mi lengua. Me llenó los párpados de palabras claras y luces amarillas. Levanté la cabeza, se tensaron los músculos de mi cuello; sus piernas extendidas, la respiración cada vez más agitada; el aliento incontenible; su nariz fruncida y los dientes apretados y sus manos en mi espalda y los movimientos rápidos; y nuestra piel pegada por el sudor. Contuvimos nuestros últimos sonidos para hacerlos uno, extenso y fuerte. Y el silencio.

“Quédate un rato más dentro de mí”, dijo al parpadear lentamente, mientras yo sacaba mi pene de su sexo. Volví a ella y puse mi cabeza en su hombro. “Así, una parte de tu cuerpo dentro del mío”

Me fui, pensé que no pasaría nada más, sólo la tristeza momentánea de mi compañera. Y al volver encontré todo: el camino hecho por los alimentos, su cuerpo desnudo dentro de la nevera. Su reclamo era absurdo. Me daba mucha risa lo que había hecho.

Estábamos en el suelo de la cocina, ella muerta y yo sin saber qué hacer. Miré la hora, aún había tiempo para trabajar otro rato, tal vez así podría pensar un poco más en la situación. Tomé el unicornio blanco y fui a trabajar. Arriba del monociclo, con mi traje impecable; el zapato ya sin la yema del huevo, en una mano el unicornio y en la otra el alta voz, volví a pensar en las nubes de otoño, y también supe que si estaba loca debía importarme, pues ahora me afectaba más de lo que yo creía.

El Sueño de Gotan

Manuel Sauceverde

*Una mujer y un hombre más bellos en el otro
ocupan su lugar en la tierra.*
Juan Gelman

El hombre la reconoce de inmediato: es ella, no hay duda. Ha tenido el mismo sueño durante meses y recuerda cada detalle a la perfección. La mujer viste una blusa abierta, falda negra, zapatillas de tacón, el cabello entretejido en una sola trenza, la mirada ausente, diluida en el vacío de la calle. A lo lejos, el eco de una lluvia impasible.

El hombre sabe de antemano lo que sucederá. De un momento a otro, en cuanto la mujer atraviese la acera y se pierda de vista, alguien le saltará encima y...

—Espera... —el hombre se detiene frente a la mujer, las imágenes del homicidio desquician su pensamiento—. He soñado contigo.

La mujer lo mira fijamente, sin asombro:

—Te recuerdo.

Los primeros dardos de agua caen a la tierra. La mujer toma la mano del hombre y, con rapidez, lo guía a través de las sombras. Luego, bajo el refugio de una cornisa, ambos desconocidos se besan con rabia, saborean desesperados el enigma del encuentro. Por algunos instantes, el hombre tiene la sensación de que todo saldrá bien. Sin embargo, un horrible dolor en las entrañas le hace arrodillarse. No puede gritar, la segunda puñalada es decisiva.

De pronto, lejos de allí, hecho nudo sobre su cama, el hombre deja de soñar, pero no despierta. Para la mujer, al otro lado del mundo, es un alivio: finalmente, esta noche dormirá tranquila, sin pesadillas.

La factura de lo mismo

Juan Aurelio Fermandeza

El rostro de dos dimensiones, embarrado en el cartón de la pancarta que cargaba su madre, no era el mismo que veía en la húmeda oscuridad, la sobreabundancia del tiempo y la soledad espacial. La cara de la pancarta estaba limpia, sin barbas ni enmarañados cabellos –ligeramente largos tal vez–, con pocos y gruesos pelos en el bigote y la barbilla, propio de la moda de aquellos años en los que el cuero de las chamarras y los vaqueros sin sanforizar ocupaban el guardarropa de muchos jóvenes. Era una cara que le pesaba a su madre, quien la sostenía mientras gritaba dolida y eufórica en La Plaza, mostrándola junto a muchas otras madres que también cargaban caras pesadas, tan pesadas y crudas como la culpa y el terror, como el anhelo y la desesperación.

Debajo del recuadro que encerraba el rostro pulcro, un nombre y una fecha se asomaban quejándose por no encontrar a su dueño. El sol acuchillaba el rostro amarillentándolo, años pasaban a través de él, nunca olvidado. Una gota fría y triste se desplomó desde algún pequeño resquicio en la pared de grandes bloques de piedra, por donde se permitía el paso del agua. La caída lenta se escondió en la ausencia de luz de la estrechísima prisión hasta llegar a la frente marchita del otro rostro, del rostro cubierto por demasiados pelos de una barba ya muy larga. Otra gota cayó sin trayectoria visible hasta llegar a explotar en una pestilente plasta. El golpe hizo que la masa saltara hasta alcanzar el enmarañado pelo del rostro que estaba tendido junto a ésta, rozándole la nariz y uno de los párpados. No hubo movimiento alguno. Las pupilas extraviadas en espacios y tiempos exorbitantes no reaccionaron, se mantenían lejos, en la oscuridad de la nada.

De repente caminaba por La Avenida. Se había levantado del suelo de la claustrofóbica celda y caminaba con su mujer. En la esquina aparecía su madre y lo besaba cariñosamente, jalándolo para que se agachara hasta entrar en sus brazos y así sentirlo de nuevo en casa. Otra vez tenía el rostro

de la pancarta. Caminaron juntos durante varios rojos y verdes, destellando alegría por la mirada y maravillas por la boca. Todo tan bello. Inesperadamente se escucharon los enfermizos gritos de cilindros metálicos que laceraban la tranquilidad recién adquirida. Con frecuencias apocalípticas, éstos se acercaron hasta llegar al semáforo donde él, su mujer y su madre se habían detenido, aterrorizados, a escuchar el llanto de la carne que hervía por el plomo arrojado desde las bocas de fuego. Sin remedio, se encontraban ya en el asesino centro del miedo de un alguien (que en realidad no era uno, sino muchos) al que la diferencia no le dejaba respirar, por lo que se defendía contra ésta y contra los que la encarnaban con las armas que él llevaba de ventaja. Entre las paredes escurrió un rojo desgarrado que apagó el tiempo y terminó con el sueño.

Abrió los ojos inquieto sobre el charco del calabozo y vio en las penumbras la imagen de un general saturnino que devoraba hijos ajenos, hasta que ésta se desvaneció lentamente, como el punto blanco de un antiguo televisor; dejó calmarse al rostro de gastada apariencia, lleno de chirlos y mugre arrinconada en cada pliegue de la piel que trazaba líneas negras en su cara. De nuevo el rostro se ahogó en la insistencia de la memoria. Cada una de las piezas de piedra labrada abrazadas por el moho escurrieron agua podrida de lluvia criminal, donde el gastado rostro sucumbió, sin morir ni olvidar.

El sol aún maltrataba el rostro de la pancarta. La madre seguía gritando y cargando el estandarte que enmarcaba la imagen de su hijo. La Plaza era un reclamo unificado que retumbaba en varios rincones, lejanos y cercanos, del mundo entero. Todo era una lucha titánica de duración indefinida. Un botón abrió y cerró un diafragma, y sin más ni más, todo lo que había en La Plaza se congeló. La madre, el rostro en dos dimensiones, las demás madres y sus cruces, el aire, los lamentos y el color del sol quedaron inmóviles. Jamás en la historia se volvieron a despertar de esa estatuaría forma, aunque todos seguirían moviéndose.

El viaje

Jesús Nieto Rueda

*A working class hero
is something to be*
John Lennon

Nosotras éramos las rudas, las olorosas, las desgastadas. Llegaba el domingo por la noche y nos sacaban, aventándonos al borde de la cama para darnos apenas una sacudida de polvo, luego de estar encerradas dos días. Entonces los encerraban a ellos. Pero durante el fin de semana les iba mejor (o eso creíamos), les daban una manita de gato desde el viernes, los hacían verse muy bien y los sacaban a pasear. ¡Claro! Ellos eran los de dominguear. En cambio para nosotras no existía algo como lunesear, miercolesear o viernesear. Éramos sencillamente las de la chamba, las de la negreada, las de la chinga; en fin, las del diario.

Llegábamos cansadas, y cómo no estar apestosas, si el talco surte efecto hasta unas horas del mediodía. Los días que estaba húmedo, llegábamos manchadas de lodo, pero él ni siquiera nos pasaba un trapo. Apenas y nos removía un poco las tecatas de tierra. Con nosotras no importaba el aspecto. Pero ahí andábamos, siempre activas, leales a nuestra naturaleza. Nos tocaba de todo: golpes, pisotones, chorros de agua, pintura y mucho lodo...pero siempre fuimos muy resistentes. De vez en cuando nos cambiaban las agujetas, cuando ya era mucho el desgaste, pero fuera de ello estábamos provistas de una piel muy aguantadora.

A eso nos moldeó el trabajo, y dimos bien el ancho, hasta que llegó ese aciago día de la ruta distinta, del largo viaje y todo lo que vino después. Era domingo, por lo que nos extrañó que nos sacaran en medio de la madrugada, nos ajustaran muy bien las agujetas y saliéramos a la calle. Subimos al autobús, como era costumbre en la semana (quizá salíamos

hacia el trabajo por alguna razón especial). Pero de pronto, bajamos en una parada distinta y esperamos ahí para subir enseguida a otro autobús que nos llevó en unos minutos a un lugar desconocido.

En el suelo había algunos charcos, aún no amanecía. Subimos a un nuevo autobús, el piso era muy suave y hacíamos un ruido diferente al pasar. Y nos quedamos ahí por un rato. Se hizo de noche y volvimos a bajar en otro lugar, donde ahora el suelo era más oscuro. Se sentía más caliente que de costumbre. Estábamos paseando, era claro. Íbamos aprisa y no faltó un pisotón de vez en cuando. Ahora comenzaba a ver muchos otros pares como nosotras, pero de color blanco. ¡Qué raro que no los trajeran a ellos! Hubiera estado bien que así fuera, porque francamente dominguear comenzaba a resultar aburrido. A lo mejor los otros venían guardados en otra parte y, cuando llegara la hora de pasear por otro lado, nos encerrarían a nosotras. Pero no. Subimos a otro autobús, similar al anterior, y ahí pasamos más de una noche. En el nuevo transporte casi no se sentía el calor, por el contrario, nuestra piel comenzó a enfriarse; y es que nosotras no estábamos acostumbradas a pasar la noche fuera de la recámara. Bajamos en plena oscuridad, él corría sin parar, el suelo era distinto, arenoso, espeso, frío. Corríamos con él, brincábamos charcos, no pudimos evitar entrar en algunos. Luego nos detuvimos. Pasó a lo mucho una media hora, pero su sudor nos empapaba como si hubieran pasado siete horas de trabajo.

Nuevamente un autobús donde permanecemos por horas. Desapareció el sudor, él durmió, sus pies se sentían relajados en nuestra piel. Finalmente, llegamos a algún sitio en la mañana. Esa noche descansamos sobre un piso distinto, pero ahora que estábamos más sucias que nunca, él nos abandonó por horas que parecían días enteros.

Seguramente ya era martes cuando salimos a hacer lo que hacíamos normalmente. Había máquinas, como antes. Pero este piso donde comenzamos a estar por las mañanas era también distinto: muy brillante, y hasta lo ensuciábamos un poco cuando pasábamos sobre él. Finalmente, llegó el sábado. ¿Sería que aquí saldríamos a dominguear? ¿Sería mejor que el domingo pasado? Al menos esta ocasión, sabadeamos. Pero no nos duró mucho el gusto. Era todavía de mañana cuando entramos a un lugar acolchonado, y fue aquí donde aparecieron ellas, las otras. Las sacaron de una caja, no podemos negar que nos impresionaron. Muy jóvenes, su piel apenas si se había lastimado por el roce con el papel de la caja. Eran

oscuras, igual que nosotras, pero con suela amarilla. Cuando nos descalzaron y las calzaron a ellas, distinguimos en su suela unas figuras en negro: CAT. Quien sabe en qué momento nos encerraron en una bolsa. Nos sentíamos la una contra la otra, como cuando nos arrumbaban con todos los demás en un rincón del clóset. Ya de noche, nos sacaron de esa bolsa. Estuvimos en el exterior unos minutos.

Lo demás, es difícil recordarlo...pasó tan rápido. Amarraron los extremos de nuestras agujetas y nos arrojaron con tremenda fuerza hacia el aire. Quedamos suspendidas de las agujetas en un cable. No entendíamos de qué se trataba el juego. ¿Cómo nos bajarían después? Pero ahí pasamos la noche. Comenzó a caer agua, luego algo como hielo blancuzco que se quedaba sobre nosotras. Nuestra piel se comenzaba a endurecer, hacía mucho frío y estábamos muy sucias. Era raro estar ahí colgadas de ese cable. Creímos que al día siguiente nos descolgarían. Pero muy temprano por la mañana salieron las otras, ya calzadas, y nosotras todavía teníamos unas gotas de agua sobre la piel más lastimada que nunca, dura y fría. Nos resignamos al abandono, hasta que en un momento apareció el viejo de mocasines desgastados con un carrito lleno de ropa y, ajustado a una canasta de fierro, un pequeño objeto cuadrado del cual salía una voz diciendo cosas en esa extraña forma de hablar de los días recientes: *Snowstorms are expected for the whole week in the Chicago area.* □

□ Se esperan tormentas de nieve para toda la semana en el área de Chicago.

Recolectando moscas como suicidas se avientan en el metro

Alfonso Vázquez Salazar

I

Empiezo con la noche de ayer: llego como de costumbre: cansado y harto. Mi madre ya duerme, así que subo lentamente las escaleras. Le echo un vistazo al corredor amplísimo de la planta alta y me dirijo, alarmado e impaciente, al dormitorio donde ella descansa. Abro. La puerta pronuncia un crujido leve y ausente, acostumbrada ya a desperdiciarse siempre de esa forma; pero el sonido quejumbroso y monótono no es suficiente para despertarla.

Ella se encuentra volteada hacia la puerta, esperando que me aparezca para tirar la monserga acostumbrada, repetirme la inutilidad propia o la de mis hermanos, blasfemar contra el destino y la cruel realidad de mi vagancia y falta de conciencia.

El teléfono aguarda en una silla que ha colocado estratégicamente junto a su cama y en frente de la puerta, con la previsión quizá de tomarlo fácilmente si suena, y colgarlo de manera inmediata si la voz que llama por el auricular le disgusta o no le conviene.

Se ve hermosa, inocente, como un animal que reposa después de haber asesinado a cualquier bestezuela y proveído la ración diaria a su camada. Me acerco y le pido lo de siempre: el coche, unos cuantos pesos y su comprensión para largarme.

Pero ella no da su aprobación para ninguna de las demandas y, en cambio, me pide, comedidamente, que la obedezca, al menos por esa noche, y que no intente nada.

Decido dormirme sin más preámbulos en mi cuarto, hasta

que el acontecer del día siguiente me llame y me convoque para hundirme en su impecable lógica, precisa, fulminante, aunque ya un tanto desgastada por algunas cosas que debería decir, pero que me cuesta trabajo enumerarlas o simplemente me dan hastío.

Me duermo, sin mucha convicción y sin grandes ánimos, pero ya está de más rebelarse contra la inercia de la noche que pide inactividad, renuncia y una fuerte dosis de mediocridad y resignación para aceptar lo decretado: la invencible telaraña en la que nos aplastamos todos forzando a desconocernos y tomarnos por un insecto: aniquilable, muerto, sucio.

II

Al otro día, me levanto, como de costumbre, con el alma deteriorada y con la percepción de que todo, de un modo o de otro, se encuentra ya decretado y repelido a todo esfuerzo humano. El mundo y su orden no van a cambiar por mucho que yo intente forzarlo o invertirlo; lo mejor es dejar pasar y dejar hacer como ya lo recomendaban los economistas liberales del siglo XVIII, advirtiendo el destino de inmutabilidad de la inútil condición humana. Lo demás, lo que pasó en el resto del día quiero decir, fue otro anhelo inútil de encajar en la dinámica de los hechos de un mundo que me repelía.

Corrí en el andador del barrio por unos cuantos minutos, veinte, para ser más preciso; realicé algunos ejercicios de rutina y monté otros diez en la bicicleta fija que teníamos en la casa. Cuando regresé, mi madre ya se encontraba trabajando en los menesteres habituales; lista para recoger los medicamentos de mi hermana o revisando los papeles de los múltiples asuntos pendientes o por atender: la pensión, el seguro del automóvil, las mensualidades de cualquier cosa, de toda la casa, de casi todos los muebles; las colegiaturas y los viáticos; la comida de medio día; nuestras ilusiones de ser una familia distinta, neutral, abierta...También dirigía a la sirvienta para que realizara bien los quehaceres y las virtudes domésticas.

Si alguien definiera el concepto de virtud en mi país, y sobre todo en el dudoso círculo de la clase media, seguramente coincidiría en afirmar que éste se explica por la conformación de las actividades de sus sirvientas con

los dictados irreprochables de las señoras amas de casa. Pero nuestra sirvienta no se llamaba Justine y desde luego que yo no era un imbécil Marqués de Sade.

Yo me reía de todo eso, se me hacía una estúpida pérdida de tiempo. Además, había soñado con Ana María y con unos tontos e insulsos gánsters, al parecer satánicos y bastante simples, que me hicieron recordar la película de Roman Polanski del 67, cuando se hablaba de que la era del diablo había nacido y que, a partir de esa fecha, ahora ya todo estaba permitido dostoievskianamente, menos el no hacerlo.

En el sueño querían matar a mi hermano menor, como cuando acechaban al bebé de Rosemary y ella trataba de defenderlo de cualquier acoso y de cualquier tipo de atentado, imaginario o real. Yo, al igual que ella, no permitía que le hicieran nada. Además traía una pistola y un cuchillo. Creo que había matado a alguien, pero no estoy muy seguro; ahora arrojaba su cabeza al camellón de la avenida larga en donde se encontraba el viejo edificio en donde había crecido y en donde había sentido el temblor de 1985: temblor que había descuartizado a media ciudad y dejado sin extremidades a unos miles de hombres y mujeres más, en un remedo de urbe ya para entonces también despedazada. En el sueño también aparecía mi papá; algo absurdo, porque él había muerto hace ya diez años, pero nadie ha dicho que los sueños deben ser racionales y lógicos. Los sueños son absurdos por definición, insensatos como nuestra vida, incoherentes como nuestras obras, fieles reflejos de nuestros anhelos y de nuestras incomprendiones.

Luego, como ya dije, inexplicablemente apareció Ana María y sólo lo hizo para largarse, para irse por una calle muy ancha, llena de edificios con grandes puertas de cristal y acabados posmodernos, y después desvanecerse como un fantasma.

Últimamente he estado soñando mucho con ella y eso no me gusta, sé que es la hermana de mi antigua chica, que he soñado con ella quizá ya más de diez veces, despierto o dormido, y que en algunas de esas ocasiones ella me hace caso y me besa. De cualquier forma, fue un mal sueño, un sueño idiota como todos los que tengo recientemente y nada más.

Le pedí a la sirvienta un jugo de naranja, unos huevos fritos con tocino y un poco de puré para embutirle a las tortillas. Después me largué. Desde luego que me había bañado. Llegué tarde a la escuela. Estuve parado afuera, en la entrada, viendo pasar chicas y sin animarme realmente a hablarle a alguna. Estuve así un buen tiempo platicando con Paolo y Julio hasta que me harté y me largué a cualquier parte.

Caminé por el corredor universitario, atravesé estructuras y plataformas grises, monumentos de una oxidada veneración en donde lo que prevalecía era la falta de color y la ausencia de recursos; una estética de la fealdad y de la grisura, de la austeridad hipócrita que acompaña desde hace ya varias décadas a la construcción de los edificios públicos en México, desde Miguel Alemán hasta los actuales y siniestros pillos que medran a costa del presupuesto, y que hacen construcciones horribles y patéticas que contrastan con la abundancia y ostentación de sus respectivas mansiones y propiedades.

De regreso a la casa todo fue igual: noticias, periódicos, revistas del acontecer nacional, el ex presidente hablando de cualquier imbecilidad hasta mostrar el colmo de su tozudez y de su ridículo. No era cínico, desde luego: Fox siempre fue un imbécil y un ranchero. El idiota creía que lo que hacía era lo correcto: su derecho. Precisamente lo que define a la derecha política es la creencia de que sus privilegios y sus riquezas son naturales, que la pobreza es un fenómeno tan necesario como la propiedad o la desigualdad; y que se necesitan muchos pero muchos pobres para generar riqueza y justificarla; y desde luego que para ellos no hay ningún dilema, ninguna crisis, en su conciencia "buena" y embustera. Por eso hay que hacer que la obtengan de una manera drástica y contundente: fusilándolos a todos, como en tiempos de la revolución, o metiéndolos a la cárcel hasta que se mueran o se pudran. Pero ya estamos grandes para ser inocentes y para saber que todo deseo es un acto fallido.

También revisé lo que habían escrito sobre la otra reina, ya no la fantochería de "la reina del sur" ni la ficción pueril y estúpida de "la reina del pacífico", sino la otra matrona, la reina del bajío, la putísima reina de Celaya que gobernaba entre sus zánganos, disponiendo a diestra y siniestra del erario y la influencia sexenal, y haciendo el acostumbrado saqueo y despilfarro hasta llegar a la blancura de sus atuendos, es decir, de su desvanecimiento. Eso es mi país: una corrupción que, como una lesión pequeña, se fue abriendo e infectando hasta hacer imposible

controlarla y aislarla. El colmo es que todos participamos de ella y a todos también nos entusiasma.

Después me volvió a hablar Julio para ir a una presentación de un libro en la colonia Condesa, un lugar en el que concurren los *snobs* a lamer la mano que después les dará de comer migajas en sus bocas reseca y defraudadas, en forma de becas, premios, consolaciones. El escenario era igual que todos: adentro, los acólitos de la supuesta intelectualidad independiente, los estudiantes de arte y humanidades que pensaban que de esa forma se instruían y lograban estar de alguna manera en el *establishment* del pensamiento correcto; y afuera, los eternos *cazacocoteles*, los recelosos de toda publicación financiada por el Estado o por algún importante medio de comunicación; y los constantes amargados que, como yo, no parábamos de maldecir.

El coctel acabó mal, como el día. No podía ser la excepción. Alguien dijo algo que no le gustó a un presentador del libro y comenzaron los madrazos. Los *cazacocoteleros*, con su irreverencia de siempre, le escupieron en la cara y se marcharon antes de que llegara la policía que, ya para entonces, se habían encargado de llamar los *pájaros nalgones* de los presentadores y sus achichincles ridículos y estériles. Yo sólo me reía en una esquina, ajeno a la estupidez del mundo y de sus sobresaltos; vomitando los canapés que nos sirvieron y el vino malo y barato que habíamos tomado antes de las interrupciones en cantidades obscenas y salvajes.

Decidí retornar a la casa, no sin antes pedir unos cuantos pesos a Julio que me aliviaran de la infaltable borrachera que estaba cogiendo; me dio sólo un billete de a doscientos, diciéndome que era suficiente para que comiera unos tacos y me fuera a casa a dormir. Le hice caso, estaba ya algo harto y cansado por la enorme cantidad de actos fallidos que había experimentado en el día. Alguna vez, escribí, en algún sitio, que la vida se parecía a eso: a un acto fallido. Vivir era un acto fallido, y tal sentencia no era una condescendencia, mucho menos una declaración de amor, era una estúpida confesión, una maldita forma de decir que había fracasado en el más simple de los actos humanos.

Caminé largos minutos por un parque que estaba cerca del lugar, observé a dos muchachos que tocaban la guitarra con una chica que hacía pasos gimnásticos sobre la tierra. Me senté para reposar. Necesitaba averiguar la

hora, así que se la pregunté a la muchacha aeróbica y comenzamos una plática que nos llevó de los caminos del tiempo y de la noche, a extrañas nociones sobre el arte y la necesidad expresiva. Se llamaba Mayte, y era pequeña y pálida. Tenía una cara redonda y una sonrisa infantil que me recordaba algún paraje de la inocencia perdida y septentrional. Me contó toda su historia, al menos la elemental para su corta biografía de diecisiete años, así como su tránsito por la noche y los deslices por las ramblas endemoniadas de los días y sus reveses, de la forma en la que se había instalado en la noche y la forma en la que se había acostumbrado a vivir como un vampiro.

Me presentó con sus amigos, estudiantes de la Universidad todos ellos, que se dedicaban a los inverosímiles actos de perder el tiempo y gozar el ocio con provecho o sin él; me explicaron que les aburría estar en un solo lugar y con un solo pensamiento, que me invitaban a emborracharme en una fiesta cerca de ahí en la que seguramente habría cervezas en abundancia y mucha droga. Acepté porque Mayte me gustó, y quizá por la vana esperanza de darle un poco de sentido a toda esa mala tarde en que se había convertido el mal día que empecé por inercia y sin entusiasmo.

Cuando llegamos se habían puesto ya a danzar y a hacer acrobacias casi inverosímiles, digo casi porque las estaban llevando a cabo ahí, enfrente de mí, de una manera obscena y pretenciosa, mostrando con un toque de pedantería innecesaria que eran capaces de realizar cosas que la media de personas no llevaría nunca a cabo. Comencé a beber, inocentemente, embriagándome con las texturas y las figuras geométricas que hacían los danzantes con sus cuerpos.

No sé en qué momento alguien me dio una pastilla, pequeña, como un óvulo fértil y maduro. La tomé en mis dedos y me la llevé a la boca. Seguí bebiendo hasta que Mayte fue conmigo y me tomó de las manos. Iniciamos una danza extraña, entre el jardín amplio de aquella casa en la que nos habíamos metido, nos sujetábamos el uno al otro, al ritmo de la música distorsionada. Había buen ambiente, todos bebían y disfrutaban, tal y como lo estábamos haciendo en ese momento Mayte y yo, únicos, contoneándonos, brincando. Su rostro se hacía cada vez más claro, su sonrisa se expandía como un arbusto ardiendo en medio de la noche. Me acarició la cara, se acercó y me dijo que le gustaba. Yo tan sólo sonreí, y le di un trago a la cerveza que ella sostenía en una de sus manos. El impulso de la música nos hizo desprendernos, pero nuevamente la tomé y la

conduje hacia mí, diciéndole lo mismo que me dijo, que me gustaba, pero ella se desprendió y se fue con uno de sus amigos que traía el pelo amarrado en una coleta y que había dejado de hacer piruetas y se había puesto a beber como todos nosotros. Le dijo algo al oído y volteó a verme. En menos tiempo del que yo llevé para calibrar los efectos de la tacha, el chico ya la estaba besando y todo comenzó a dar vueltas: los muros que rodeaban el jardín, los focos, las personas, mis recuerdos. Me fui hacia una esquina y me doblé.

Después me salí, caminé un par de largas horas. Agarré un taxi, y le dije al chofer que pasáramos por Reforma, a la altura del zoológico de Chapultepec; le pregunté si sabía lo que hacían ahí, en el lago, con los patos, cuando lo lavaban. Aquí no había misterios: se los llevaban a una zona especial del zoológico y ahí los mantenían hasta que acababa todo ese proceso burocrático de cambiar el agua y volver a lo mismo. Todo estaba de la mierda.

Cuando llegué a casa, le pagué y le dije que se fuera al carajo. Mi madre ya dormía, subí las escaleras y me aventé a la cama. No tenía ganas ni de quitarme los zapatos ni la ropa, pero necesitaba hacerlo, era realmente un fastidio tener que dormir con todo ese estorbo encima. Me desnudé rápidamente y me metí entre las cobijas, pensé en lo poco que tenía de tiempo para narrar algo. Pensé en Mayte, en el beso que le daba a su amigo de la coleta, en la manera absurda en la que me decepcioné y me largué sin decir nada a nadie. Sin querer fui cerrando los ojos hasta olvidarme de que estaba echado en mi cama, y entonces, todo se volvió oscuro y se llenó de una textura muy especial, creo que comencé a soñar, y en el momento más emocionante desperté porque ya eran las siete de la mañana y tenía que largarme a la escuela a morir otro día más.

III

Volví a soñar con Ana María, ya es una maldita obsesión. Lo sé. A ella no le gusta pronunciar su nombre completo. Prefiere la parquedad y la discreción. Prefiere llamarse Ana, a secas, pero desconoce el placer extraño que las sílabas de su nombre propician en otros labios, en los míos. Hoy pronuncié su nombre entero porque me gusta y me recuerda una época de mi niñez en la que podía perder largas horas en el parque pisando las hojas secas y moviendo los montones que se formaban en el pasto amarillento, intentando encontrar algún tesoro o cadáver que me

expandiera la sorpresa o el miedo. Pero el nombre de ella me gusta. Su nombre me gusta y lo recuerdo y lo pronuncio en voz alta: Ana María, Ana María, hasta creer que ella, Ana María, me llama y me elige para que lo piense, pero todo esto es absurdo y sólo alimento un pedazo más de mi fracaso acostumbrado.

He fracasado una vez más. Jamás lograré terminar esta historia, no sé de qué manera expresar mi odio ni mi incompreensión. No siento por el mundo más que asco y aún así busco la manera de integrarme a su dinámica, a su desatino. Por eso la contradicción que alimento es más vasta y más profunda, soy un desarraigado por opción y a la vez por error. En parte quiero ser marginal, pero hay una vocación secreta que me conmina a la decadencia, al absurdo, al despropósito.

No me gusta lo que escribo. Algo está hueco en el andamiaje que tengo por mundo. Mi lengua se lacera con cada mordida que le hago a la realidad. Me siento vacío, tan vacío que quisiera retornar a un estado de indiferencia en el que nada me perturbe; pero es inútil, ya nada me sirve, ni siquiera el aliento. Conservo una caligrafía nerviosa heredada de la nieve y de los estremecimientos que provoca en la piel su breve contacto. Es una caligrafía intensa, devota de su carne y de su hábitat. Lista para hundirse en el silencio de una frase que comience a demoler su única sobredosis de impaciencia. No puedo escribir de nada, no puedo hacer nada bien. Me hundo y pienso que es mejor que abandone esto: que lo deje para generaciones sucesivas de escritores que no tengan tantos complejos ni tanto odio para pronunciar su reino: su palabra; aunque ese último acto sea tan sólo un elemento más para derrocarlo y así prolongar su ausencia y su sentido.

Vuelvo a leer el libro que dejé hace menos de una semana y encuentro la frase que buscaba: *nada prevalece en su recuerdo si antes no se aniquila del todo su sombra*. Y eso es lo que comencé hoy con la escritura de este pedazo de ansia, que no es un relato ni la mera descripción de los hechos, es tan sólo el estado en el que se encuentra mi alma, y desde luego mi cuerpo, pero debo aniquilar mi sombra cuanto antes o esperar que un recuerdo, cualquiera, prevalezca y siga recolectando cadáveres o moscas, como los suicidas que algunas veces se avientan a las vías del metro.

Nuevas narrativas mexicanas
Cuadernos de Foro Universitario
se terminó de imprimir en mayo de 2009
en los talleres gráficos del Sindicato
de Trabajadores de la UNAM